

No. 16 - Noviembre - 1953



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

Burrito Santo

Juana de Ibarbourou.

Borriquito blanco de la Virgen María
manso borriquito que llevó a Jesús
con su Santa Madre que al Egipto huía
una noche negra sin astros ni luz.
¡Lindo borriquito de luciente lomo:
hasta el niño mío te venera ya,
y dice, mirando tu imagen en cromo:
¿Es el de la Virgen que hacia Egipto va?
¡Dulce borriquito, todo mansedumbre:
nunca a tus pupilas asomó el vislumbre
más fugaz y leve del orgullo atroz;
y eso que una noche sin luna ni estrellas
por largos caminos dejaste tus huellas,
llevando la carga sagrada de un Dios!



Revista Infantil Nacional

Publicada por la

FILIAL DE ANDE

Cantón Central de Heredia

Directora:

EVANGELINA GAMBOA

Administración:

GUILLERMO SOLERA R.

VILMA HERRERA MADRIZ

San José — Costa Rica

Sumario:

Burrito Santo	1
La Buenaventura	2
La Huida a Egipto	3
El Nacimiento del Niño Dios	11
Nació el Niño Dios	13
Las Tres Cabritas	14
Página de los Niños	16

NOVIEMBRE 1953

NUMERO 16

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

LA BUENAVENTURA

*Una gitana se acerca
al pie de la Virgen pura;
hincó la rodilla en tierra
y le dijo la ventura:
—Madre del Amor hermoso
(así le dice a María),
a Egipto irás con el Niño,
y José en tu compañía.
Saldrás a la media noche,
ocultando el Sol divino;
pasaréis muchos trabajos
durante todo el camino.
Os irá bien con mi gente;
os tratarán con cariño.
Los ídolos cuando entréis,
caerán al suelo rendidos.—
Y mirando al Niño Dios,
le decía enternecida:
—¡Cuánto tienes que pasar,
Lucerito de mi vida!—*

Popular.



LA HUIDA A EGIPTO

Muy lejos, en uno de los desiertos de Oriente, crecía hace muchos siglos una palmera secular y gigantesca. Todos los que atravesaban el desierto tenían que pararse para contemplarla, pues era mucho mayor que todas las demás palmeras y se decía que llegaría a ser más alta que los obeliscos y las pirámides.

La palmera, en su soledad, contemplaba continuamente el desierto, y un día apareció ante su vista algo que hizo estremecer de admiración su grandiosa copa sobre el esbelto tronco. Allá lejos, al borde del desierto, aparecían dos únicos peregrinos. Hallábanse todavía a la distancia en que hasta los camellos parecen hormigas; pero no cabía duda de que eran dos personas, dos forasteros del desierto, pues la palmera conocía muy bien a todos los habitantes de la inmensa llanura arenosa.

Un hombre se aproximaba con una mujer. No tenían guías ni mulas, tiendas ni odres para el agua.

—Esos dos han venido aquí probablemente a morir—dijo para sí la palmera.

Miró rápidamente en torno suyo.

—Me extraña—dijo—que los leones no se dispongan todavía a apoderarse de ese botín. Pero, ni uno solo se apresura a asaltarles. No veo tampoco ningún bandido. No tardarán en llegar.

—Les aguarda una muerte en siete formas distintas—pensaba la palmera—. Los leones los devorarán, las serpientes los matarán con su venenosa mordedura, el simún los enterrará, los ladrones los degollarán, el sol ardiente los abrasará, el miedo les hará perecer.

E intentó dar otro rumbo a sus pensamientos. El destino de aquella gente le apenaba.

Pero la inmensa planicie arenosa que se extendía al pie de la palmera, no ofrecía a su vista nada que no conociese y hubiese contemplado hacía mil años. Nada consiguió cautivar su atención. Tenía forzosamente que volver a pensar en los peregrinos.

—¡Por la sequía y el huracán!—decía la palmera invocando a los dos terribles enemigos de la vida—, ¿qué es lo que lleva esa mujer en los brazos? ¡Creo que esos necios llevan consigo un niño de pecho!

La palmera, que era prósbita, como le sucede a todos los viejos, había acertado: la mujer llevaba un niño en los brazos. La criaturita apoyaba la linda cabecita en el hombro de la madre y dormía.

—El niño ni siquiera está suficientemente vestido—dijo la palmera—. Veo que la madre cubre a la criaturita con su falda. Lo ha sacado de su camita a toda prisa para escapar con él.

Ahora lo comprendo todo: esas gentes huyen ante algún peligro.

—Y, sin embargo, son unos necios—continuó la palmera—. Como no los proteja un ángel, hubieran hecho mejor en entregarse a sus enemigos que decidirse a atravesar el desierto. Puedo imaginarme lo sucedido. El hombre estaba trabajando, el niño dormía en su cuna, la mujer había salido a buscar agua. ¡Aun no había dado dos pasos cuando vió a los enemigos que se acercaban. Retrocedió, tomó el niño en brazos y llamó al hombre para que la siguiera, y entonces se dieron a la fuga. Hará varios días que se hallan en camino, sin haber reposado seguramente, andando día y noche. Sí, todo debe haber sucedido así, y, sin embargo..., como no los proteja un ángel... Se hallan tan turbados que no pueden sentir cansancio ni mal alguno, pero veo que la sed arde en sus ojos. ¡Si conoceré yo la cara de una persona sedienta!

Y cuando la palmera pensó en la sed, un temblor convulsivo agitó su elevado tronco y las innumerables puntas de sus hojas se arrollaron como expuestas al fuego.

—Si yo fuera una persona—decía—jamás se me ocurriría atravesar el desierto. Se necesita mucho valor para llegar hasta aquí sin tener raíces que alcancen las profundísimas venas de agua. Hasta para una palmera como yo.

Si yo pudiera darles un consejo, les recomendaría que se volvieran atrás. Sus enemigos no serán para ellos tan crueles como este desierto. Tal vez crearán cosa fácil habitar en él. Pero bien sé que, en algún tiempo, aun a mí me ha sido difícil conservar la vida. Recuerdo que allá en mi lejana juventud, una vez el simún arrojó sobre mí toda una montaña de arena. Casi me asfixié, y de poder morir, aquella habría sido ciertamente mi última hora.

La palmera continuó meditando en alta voz, como hacen los viejos solitarios.

—Oigo un melodioso murmullo atravesar mi copa—decía.—

Todas las puntas de mis hojas están vibrando. Me emociona contemplar a esos pobres forasteros. ¡Qué bella es la mujer! —Y qué afligida está! Me hace recordar el acontecimiento más maravilloso de mi vida.

Y mientras las hojas continuaban susurrando una suave melodía, recordó la palmera que una vez, hacía mucho, muchísimo tiempo, una bellísima pareja había visitado el oasis. La reina de Saba había llegado allí en compañía del sabio rey Salomón. La hermosa reina tenía que volver a su país, el rey la había acompañado en su camino y ambos estaban a punto de separarse.

—Como recuerdo de esta hora—dijo la reina—hundo en la tierra un hueso de dátil, y quiero que de él nazca, crezca y medre una palmera hasta que en el país de Judea surja un rey más sabio y magnífico que Salomón. Y al decir estas palabras, hundió el hueso de dátil en la tierra y sus lágrimas lo regaron.

—¿A qué será debido que precisamente hoy recuerde tal suceso?—díjose la palmera—. Acaso esta mujer es tan hermosa que me hace pensar en la más generosa de las reinas, en aquella por cuya voluntad he crecido y medrado hasta el día de hoy?

—Percibo en mis hojas un zumbido cada vez más fuerte: el sonido es doloroso, como un canto fúnebre. Parece como si profetizaran que alguien va a abandonar pronto esta vida. Bueno es saber que esto no rige para mí, ya que no puedo morir.

La palmera creía que el zumbido de muerte de sus hojas referíase a los dos peregrinos. Y ellos mismos debieron creer llegada su última hora. Se veía muy bien en la expresión de sus rostros en el momento en que pasaban junto a uno de los esqueletos de camello que marcaba el camino. Veíase también en las miradas que dirigieron a un par de buitres que pasaron volando. No podía suceder de otro modo. Tenían que perecer miserablemente.

Al fin, habían divisado la palmera y el oasis y se dirigían allí, presurosos, en busca del agua. Pero cuando lograron su deseo, hubieron de entregarse a la desesperación, pues el manantial estaba seco. Aquella mujer rendida de fatiga colocó el niño en la arena y sentóse llorando junto al brocal del pozo. El hombre colocóse junto a ella y golpeó desesperadamente el duro suelo con los puños. La palmera oyó que decía que era inútil pretender vivir.

Enteróse por su conversación de que el rey Herodes había hecho degollar a todos los niños de Belén, hasta los tres años de edad, porque temía que el profetizado rey de Judea hubiera nacido ya.

—Mis hojas tiemblan cada vez con mayor fuerza—decía la palmera—. Estos desgraciados peregrinos deben hallarse próximos a su última hora.

Comprendió también que el destierro les causaba horror. El hombre decía que hubiera sido mejor quedarse y pelear con el legionario romano que haber huído hasta allí. Decía que de ese modo hubieran tenido una muerte más fácil.

—Dios nos socorrerá—decía la mujer.

—Estamos solos entre fieras y serpientes—respondía el hombre—. No tenemos comida ni bebida. ¿Cómo va a ayudarnos Dios?

Lleno de desesperación se desgarraba los vestidos y reclinaba el rostro sobre la arena. Estaba descorazonado como un hombre que lleva la muerte en el pecho.

La mujer se hallaba sentada, erguida; pero las miradas que dirigía a la inmensa planicie arenosa denotaban una pena sin límites.

La palmera oía como el zumbido melancólico de sus hojas iba haciéndose cada vez más intenso. La mujer, debía haberlo notado también, pues alzó su mirada hacia la regia copa del árbol gigante al par que levantaba involuntariamente los brazos.

—¡Oh! ¡Dátiles, dátiles!—exclamó.

Había un deseo tan anhelante en su voz, que la palmera habría querido no ser más alta que un arbusto de retama para que la mujer hubiera podido coger los dátiles con la misma facilidad que las bayas de la zarza. Bien sabía que su copa se hallaba cuajada de racimos de dátiles; pero, ¿cómo iban a llegar aquellas gentes hasta una altura tan prodigiosa?

El hombre se había percatado ya de la imposibilidad de alcanzar los dátiles a aquella altura, por lo que ni siquiera alzó la cabeza, como dando a entender a la mujer que no debía pedir imposibles.

Pero el niño que correteaba en torno a la palmera, jugando con ramas y tallos, había oído la exclamación de la madre.

El niño no podía imaginar que a su madre no le fuera posible conseguir cuanto deseaba. Apenas se habló de dátiles empezó a contemplar fijamente el árbol. Meditaba y pensaba en qué forma le sería posible alcanzar el fruto. Su carita casi se arrugó ligeramente bajo los rubios rizos. Por fin una sonrisa animó su rostro. Había encontrado el medio adecuado. Acercándose a la palmera la acarició con su pequeña manita y dijo con voz linda e infantil:

—¡Palmera, inclínate! ¡Palmera, inclínate!

¿Qué sucedió entonces?

Las hojas de la palmera zumbaron como bajo el impulso de un huracán y un gran temblor agitó al gigantesco tronco. La palmera reconoció que el pequeño era muy poderoso, y no le fué dado resistir a su orden.

Y su elevado tronco inclinóse ante el niño, como quien se inclina ante el príncipe. En un arco gigantesco se dobló y su inmensa copa acarició con sus trémulas hojas la arena del desierto.

El niño no pareció asombrarse ni asustarse, sino que, dando un grito de alegría, corrió a coger, fruto tras fruto, los hermosos dátiles que cuajaban la copa de la vieja palmera.

Cuando tuvo suficientes, como la palmera seguía aún doblada, el niño la acarició y le dijo con su voz tierna y amorosa:

—¡Palmera, levántate; palmera, levántate!

Y el grandioso árbol se levantó silencioso y lleno de respeto sobre su flexible tronco, mientras sus hojas sonaban como los acordes de un arpa.

—Al fin sé para quién tocan esos cantos de muerte—dijose la palmera cuando nuevamente se encontró derecha—. No es para estas gentes.

El hombre y la mujer se hallaban arrodillados y daban gracias a Dios:

—Tú has visto nuestra angustia y nos has librado de ella. Tú eres el poderoso, el que dobla el tronco de la palmera cual la débil caña o el sauce de los prados. ¿Qué enemigo puede dañarnos si tu poder nos protege?

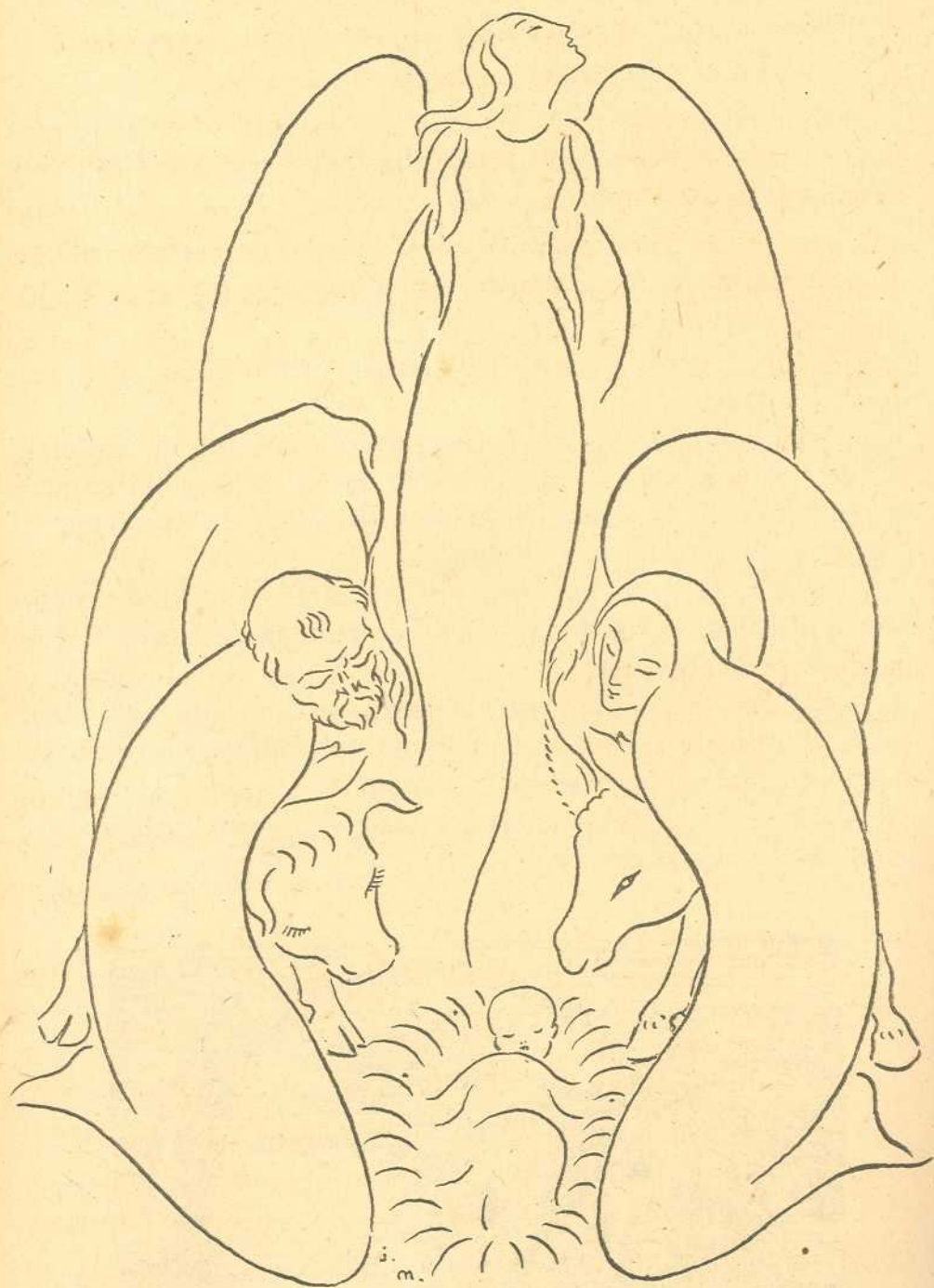
Cuando la próxima caravana que atravesó el desierto se acercó al oasis, vieron los viajeros que la copa de la gigantesca palmera se había secado.

—¿Cómo ha podido ocurrir esto?—preguntó uno de ellos—. Esta palmera no debía morir hasta que hubiera visto un rey superior a Salomón en poder y sabiduría.

—Debe haberlo visto seguraménte—contestó otro de los peregrinos del desierto.

Selma Lagerlof.





El Nacimiento

EL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS

Estaba la Virgen arrodillada, el rostro levantado al cielo hacia la parte del Oriente, altas las divinas manos, y los honestísimos ojos al cielo atentos: estaba como en éxtasis, suspensa y transformada en aquella altísima contemplación, bañando su alma de divina y celestial dulzura.

Estando en esta oración vió a su Hijo delante de sus castos ojos.

Estaba el glorioso infante desnudo en la tierra, tan hermoso, limpio y blanco como los copos de la nieve sobre las alturas de los montes, o las cándidas azucenas en los cogollos de sus verdes hojas.

Luego que le vió la Virgen, juntó sus manos, inclinó su cabeza, y con gran honestidad y reverencia le adoró y dijo:

“Bien seáis venido, Dios mío, Señor mío, e hijo mío.”

El Niño entonces, llorando, y como estremeciéndose por el rigor del frío y la dureza del suelo, extendía los pies y las manos, buscando algún refrigerio, y el favor y amparo de su madre, que tomándole entonces entre sus brazos, le llegó a su pecho, y poniendo su rostro con el suyo, le calentó y abrigó con indecible alegría y compasión materna.

Púsole después de esto en su virginal regazo y comenzóle a envolver con alegre diligencia, primero en los dos paños de lino, después en los dos de lana, y con una faja le ligó dulcemente el pequeñito cuerpo, atóle también la Soberana cabeza por más abrigo, y hechas tan piadosas muestras de su amor materno, entró el venerable José, y arrojándose por tierra, humildemente le adoró, bañando su honesto rostro de alegres lágrimas.

Entonces la Virgen y José, levantándose, pusieron con gran reverencia el niño benditísimo sobre las pajas del pesebre, entre aquellos dos animales, y de rodillas comenzaron a contemplarle, hablarle y darle mil amorosos parabienes por su venida al mundo.

Las fiestas, músicas, regocijos y alegrías de los ejércitos celestiales, que a esta sazón, más que los átomos del sol adornaban los arruinados techos de aquel palacio, no pueden ser referidas de las humanas lenguas, ni de los cortos ingenios de los hombres; de la manera que de las altas palmas vemos los dorados racimos de los dátiles, así de aquellos antiguos y derribados techos, por las columnas rotas y envejecidos pinos colgaban a escuadrones Serafines, Querubines, Potestades y Principados, celebrando los tres misteriosos nacimientos de este Señor, divino, humano y de gracia, de su increado padre eternamente, de su madre temporalmente, y en nuestras almas y corazones por gracia.



Villancicos
venezolanos





LAS TRES CABRITAS

Había una vez tres cabritas: Cabra Grande, Cabra Mediana y Cabra Pequeña.

Las tres cabritas se dirigieron a los prados de las montañas que veían a lo lejos, en busca de hierba porque querían ponerse gordas y robustas y guardar mucha grasa para el invierno.

Corrieron alegremente pensando en los días felices que pasarían en los prados donde la hierba era tierna y jugosa.

Tenían que pasar por el puente del camino y, debajo vivía un Ogro Feroz que devoraba a todos los animales que lo pasaban, pero las cabritas no tenían miedo.

Cuando llegaron al puente, Cabra Pequeña dijo:

-Yo lo pasaré de primera.

-Yo seguiré después, -agregó Cabra Mediana.

Y Cabra Grande dijo:

-Yo lo pasaré de última.

Camina Cabra Pequeña por el puente:

-¡Trip trap, trip trap, trip trap!

-¿Quién camina por mi puente?

-Soy yo, Cabra Pequeña que voy a los prados a comer hierba fresca para hacerme grande.

-¡Voy a comerte!

-No me comas, cómete a Cabra Mediana que viene ahí detrás.

-Pasa, esperaré.

Cabra Mediana comienza a pasar por el puente:

-¡Trep trap, trep trap, trep trap!

-¿Quién taconeá en mi puente?

-Soy yo, Cabra Mediana que voy a los prados a comer hierba para hacerme grande.

-¡Espera, que voy a comerte!

No me comas, cómete a Cabra Grande que viene ahí detrás.

-Pasa, esperaré.

Ahora Cabra Grande camina por el puente:

-¡Trop trap, trop trap, trop trap!

-¿Quién golpea mi puente que todo se tambalea?

-Soy Cabra Grande.

-¡Lo que es a ti si voy a comerte!

El Ogro Feroz se arrojó sobre Cabra Grande que lo recibió con tal cornada que lo hizo caer al río donde murió ahogado.

Las tres cabritas llegaron a los prados de las montañas; comieron hierba fresca, verde y jugosa y corrieron por los bosques. Muy pronto crecieron y fueron tres cabras grandes, fuertes y robustas, con mucha grasa que guardaron para el invierno.



Fernando Castillo. V Grado

Escuela Cleto González Víquez. Heredia.

NAVIDAD

Navidad, Navidad,
días de paz y alegría,
la Noche Santa
se aproxima ya.

Navidad, Navidad,
noche clara,
tachonada de estrellas,
como gotas de rocío
que una mano divina
hubiera regado,
diamantes en el firmamento
que deslumbran
con su fulgor
en una eternidad.

Los niños esperan
la mañana ansiada,
en su mente Santa
se refleja Dios.

Muchos niños
recibirán regalos
pero muchos no;
pero sí, recibirán,
recibirán muchos,
muchos besos
de sus padres
de sus madres
Santas quizás.

Pedro Antonio Badilla. V Grado.
Escuela Cleto González Víquez. Heredia.